

Jochen Hellbeck

Stalingrado

La ciudad que derrotó
al Tercer Reich



Galaxia Gutenberg

JOCHEN HELLBECK

Stalingrado

La ciudad que derrotó al Tercer Reich

Traducción de
Alejandro Pradera y
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original en inglés: Stalingrad. *The City that Defeated the Third Reich*
(en alemán: *Die Stalingrad-Protokolle*)

Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez y Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2018

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2012
© de la traducción: Alejandro Pradera y Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 444-2018
ISBN: 978-84-17088-78-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1. La batalla trascendental	9
Una ciudad bajo asedio	16
Interpretaciones de la batalla	24
El ejército revolucionario	36
La ciudad de Stalin	40
La época de la preguerra	43
El ejército y el partido durante la guerra	47
Comandantes y comisarios	55
La política, de cerca	59
La estrategia del héroe	65
Buenos y malos soldados	69
Formas de combate	80
El pueblo en guerra	86
Historiadores de vanguardia	90
La comisión en Stalingrado	102
Las transcripciones	106
Principios editoriales	108
2. Un coro de soldados	113
El destino de la ciudad y sus residentes	114
Agrafena Pozdniakova	168
La División de Fusileros de Gurtiev en combate	176
«En la línea del avance principal»	239
El desembarco de Latoshinka	252
La captura del mariscal Paulus	274
3. Nueve relatos de la guerra	321
El general Vasili Chuikov	322

Alexander Rodímtsev, general de división de la Guardia.	356
La enfermera Vera Gurova	378
Un teniente de Odesa: Alexander Averbuj	384
Alexander Gerasimov, comandante de regimiento	394
El instructor de historia: el capitán Nikolái Aksionov.	402
El francotirador Vasili Zaitsev	432
Un simple soldado: Alexander Parjomenko	453
El capitán Piotr Zayonchkovski	459
4. Hablan los alemanes	485
Los prisioneros alemanes en febrero de 1943	485
Un diario alemán desde el <i>Kessel</i>	513
5. Guerra y paz	523
Créditos de las ilustraciones.	537
Mapas	539
Agradecimientos	545
Notas	549
Índice analítico	607

La batalla trascendental

La batalla de Stalingrado –la más feroz y letal batalla en la historia de la humanidad– terminó el 2 de febrero de 1943. Con una cifra de muertos estimada en más de un millón, el derramamiento de sangre en Stalingrado superó con mucho el de Verdún, una de las batallas con un coste en muertes más alto de la Primera Guerra Mundial. La analogía con Verdún no pasó desapercibida a los soldados alemanes y soviéticos que lucharon en Stalingrado. En las descripciones del «infierno de Stalingrado» que hacían en sus cartas privadas, algunos alemanes se veían a sí mismos atrapados en «un segundo Verdún». Muchos defensores soviéticos ensalzaban a su vez Stalingrado, una ciudad con una sangrienta historia bélica previa, como su «Verdún Rojo», jurando no rendirla nunca al enemigo. Pero, como un corresponsal señaló en octubre de 1942 al informar desde Stalingrado, la ciudad asediada era diferente a la de Verdún: no tenía el diseño de una fortaleza y carecía de

fortificaciones o refugios de hormigón. La línea de defensa atraviesa tierras baldías y patios en los que las mujeres solían tender la ropa, las vías de un ferrocarril de vía estrecha, la casa en la que vivía un contable con su mujer, sus dos hijos y su anciana madre, así como docenas de casas parecidas y su ahora desierta plaza y destrozadas aceras, el parque en el que todavía este pasado verano las parejas se susurraban palabras de amor sentadas en sus bancos de color verde. Una ciudad donde reinaba la paz se ha convertido en una ciudad en la que reina la guerra. Las leyes de la guerra la han colocado en la línea del frente, en el epicentro de una batalla que determinará el resultado final de la guerra. En Stalingrado, la línea de defensa atraviesa los corazones del pueblo ruso. Tras sesenta días de lucha, los alemanes saben ahora lo que esto significa. «¡Verdún!», se mofan. Esto no es Verdún. Esto es algo nuevo en la historia de la guerra. Esto es Stalingrado.¹

Durante los seis meses que duró, la batalla también se desarrolló como una guerra de los medios de comunicación mundiales. Desde sus mismos inicios, observadores de ambos bandos fijaron su atención en este choque de gigantes en el extremo de Europa, proclamándolo como un hecho que decidiría la Segunda Guerra Mundial. La lucha por Stalingrado se convertiría en «la batalla más trascendental de la Guerra», anunciaba un periódico de Dresde a primeros de agosto de 1942, justo cuando los soldados de Hitler se estaban preparando para la toma de la ciudad. El *Daily Telegraph* británico utilizó los mismos términos en septiembre. En Berlín, Joseph Goebbels leía los periódicos de los enemigos de Alemania sin pestañear. La batalla de Stalingrado, declaró el jefe de propaganda nazi en alusión a la prensa británica, era una «cuestión de vida o muerte, y todo nuestro prestigio, así como el de la Unión Soviética, dependerá de cómo termine».² A partir de octubre de 1942, los periódicos soviéticos empezaron a citar con regularidad artículos de prensa occidentales en los que se alababa el heroísmo de los soldados y civiles que defendían la ciudad frente a los deshumanizados combatientes alemanes. En los pubs de toda Inglaterra la radio se sintonizaba a la hora que empezaban las noticias de la noche y no se apagaba hasta que se había emitido el parte sobre Stalingrado: «Nadie quiere oír otra cosa», comentaba un reportero británico. «La gente solo habla de Stalingrado, nada más que de Stalingrado.»³ Entre las naciones aliadas, la gente comentaba eufórica la actuación de los soviéticos en Stalingrado. Este sentimiento no solo reflejaba el espíritu de la alianza antifascista; también se debía al hecho de que los soldados aliados no podían ofrecer ninguna hazaña comparable: durante más de un año, el ejército británico había venido sufriendo una derrota tras otra.⁴

En noviembre, un contraataque soviético dejó atrapados a más de 300.000 soldados alemanes y del Eje en el caldero —el *Kessel*— de Stalingrado. Los medios de comunicación alemanes suspendieron de golpe los informes sobre la batalla y no los retomaron hasta finales de enero de 1943, cuando los líderes nazis se dieron cuenta de que no podían dejar pasar en silencio la derrota de un ejército alemán al completo. Su versión de la batalla fue la de una inmolación heroica de los soldados alemanes en la defensa de Europa contra un enemigo asiático superior. La propaganda del miedo, reforzada por el llamamiento a los ciudadanos alemanes a abrazar la guerra total, no funcionó del todo

bien. La policía de seguridad alemana informó de que la gente hablaba de la última bala, la que guardaban para cuando «hubiera acabado todo».⁵ Un alto cargo alemán tomó algunas precauciones especiales a raíz de Stalingrado: el jefe de las SS, Heinrich Himmler, visitó el campo de exterminio de Treblinka, al este de Polonia, a principios de marzo de 1943. De inmediato, ordenó a las autoridades del campo exhumar todos los cadáveres de los 700.000 judíos que habían sido asesinados allí y cremarlos.⁶ Durante los meses que transcurrieron desde entonces hasta el cierre de Treblinka, los trabajadores del campo llevaron a cabo esta macabra tarea mientras continuaban matando a escala reducida. La orden de Himmler obedecía a la clara conciencia de que el momento de ajustar cuentas con Alemania estaba próximo.⁷ Aunque todavía faltaba año y medio para que el Ejército Rojo liberara los campos de concentración de Polonia, la batalla del Volga trastocó la mortal maquinaria nazi. De modo que el periódico de Dresde acertó, si bien por razones equivocadas: Stalingrado marcó un punto de inflexión en la historia del mundo.

Mientras la batalla se estuvo librando, ningún corresponsal extranjero destinado en Moscú obtuvo permiso para viajar a Stalingrado. Las herméticas y recelosas autoridades soviéticas esperaron hasta el 4 de febrero de 1943 para dejar entrar a una primera tanda de reporteros internacionales —británicos, estadounidenses, franceses, checos y chinos.⁸ Entre ellos se encontraba Paul Winterton, que transmitió esta información para la BBC:

Las calles de Stalingrado, si podemos llamar así a los espacios abiertos que quedan entre las ruinas, todavía muestran todas las huellas de la batalla. Están los habituales restos de cascos y armas tirados por el suelo, los montones de munición, papeles revoloteando por la nieve, libros de bolsillo de los alemanes muertos y cuerpos destrozados, tendidos en el mismo sitio donde cayeron o apilados en grandes montones, congelados, esperando a ser enterrados. Stalingrado nunca podrá reconstruirse. Tendrá que ser levantado de nuevo. Pero aunque todos sus edificios han sido reducidos a ruinas, todavía queda vida allí. A lo largo de esa estrecha franja de cemento que los rusos mantuvieron durante los largos meses de asedio, se extiende una ciudad de refugios, refugios ocupados por los soldados que aún no

se han marchado y por unas pocas mujeres que se quedaron a lavar y cocinar para esos hombres. Entre ellos hoy se vive un verdadero ambiente de fiesta. Nunca antes he visto unos hombres y mujeres que parezcan sentirse tan orgullosos. Saben que han cumplido una misión extraordinaria, y que lo han hecho bien. Su ciudad ha sido destruida, pero ellos han derrotado al invasor a base de un tesón y un valor inquebrantables. Estos hombres y mujeres han luchado y trabajado durante meses, de espaldas a un río que habían jurado no cruzar en su retirada, enfrentándose a un enemigo situado en el único alto desde el que se dominaba la ciudad y que les atacaba con bombas y morteros, incesantemente, de día y de noche. Pero sus pies se mantuvieron firmes sobre su estrecho asidero, sin resbalar en ningún momento.⁹

Winterton abría su artículo con una vista panorámica de la ciudad y del detritus de la guerra, y pasaba a continuación a lo que más le interesaba a él y a otros periodistas: los defensores de Stalingrado. Para Winterton, había sido «el tesón e inquebrantable valor» de los rusos lo que había decidido el resultado de la batalla; Alexander Werth, un reportero del *London Times*, celebraba los «extraordinarios [...] logros individuales» de los soldados del Ejército Rojo, y para el corresponsal del *New York Times*, Henry Shapiro, Stalingrado simbolizaba el «triunfo del hombre sobre el metal», de los hombres soviéticos sobre el metal alemán, para ser exactos.¹⁰ Pese al valor de estos reportajes como depositarios de imágenes y emociones de la guerra, no dejan de ser un tanto superficiales y sesgados. Los corresponsales extranjeros solo pudieron realizar un breve recorrido por Stalingrado, ya que de lo que sus guías soviéticos tenían de verdad ganas era de llevarles ante los generales alemanes capturados, más que de que hablaran con ciudadanos soviéticos.¹¹

Los periodistas que visitaron el campo de batalla en febrero de 1943 no sabían que más de un mes antes, una delegación de historiadores moscovitas había iniciado un proyecto a gran escala dirigido a dejar registradas para la posteridad las voces de los defensores de Stalingrado. Perteneían a la Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica, fundada por Isaak Mints, un catedrático de la Universidad Estatal de Moscú.

Los historiadores llegaron a Stalingrado a finales de diciembre de 1942 e iniciaron su tarea el 2 de enero de 1943. Visitaron varios

lugares a lo largo de la línea del frente que recorría la ciudad sitiada: las acerías situadas al norte, el puesto de mando del general Vasili Chuikov, el asentamiento de Beketovka en el extremo sur de Stalingrado. En las trincheras y los búnkeres hablaron con comandantes, oficiales y soldados del Ejército Rojo. Un estenógrafo que les acompañaba transcribía las entrevistas. Los historiadores tuvieron que abandonar Stalingrado el 9 de enero, un día antes de que el Ejército Rojo comenzara su ofensiva final, y regresaron en febrero para retomar su tarea, pocos días después de que los alemanes se rindieran. Durante las semanas y meses siguientes llevaron a cabo muchas entrevistas individuales, llegando a recopilar 215 relatos de testigos presenciales: generales, oficiales de Estado Mayor, jefes de sección, simples soldados rasos, comisarios políticos, agitadores, marineros de la Flotilla Militar del Volga, enfermeras y varios civiles –ingenieros, obreros y un cocinero, entre otros– que habían trabajado en la ciudad arrasada por las bombas o simplemente luchado por sobrevivir allí.

Sus entrevistas acercan al lector a la batalla y ofrecen una vívida descripción de las acciones, pensamientos y sentimientos de los participantes soviéticos, que no es comparable a la de ninguna otra fuente conocida. En ellas los soldados se expresaban con espontaneidad sobre sus vidas y hacían descripciones detalladas y elocuentes (algunos en su lengua vernácula) con la inmediatez de una grabación de audio. Los entrevistados hablaban de sus lugares de nacimiento, de cómo habían acabado en Stalingrado, y de la tarea que habían desempeñado allí. De forma franca y en primera persona, con autenticidad y todo tipo de matices, describían momentos de terror y de euforia, comentaban las fortalezas y debilidades del mando militar soviético, presumían de los honores que habían recibido, y relataban actos de heroísmo y de cobardía. Estas entrevistas son también únicas porque muchos de los participantes lucharon codo con codo y se refieren unos a otros por sus nombres. Consideradas en conjunto, las entrevistas transmiten una unidad de lugar, tiempo y acción como solo puede encontrarse en la literatura.

Los historiadores llevaron a cabo su trabajo sistemáticamente. En algunos casos entrevistaron a docenas de miembros de una misma división: el comandante, el representante político, oficiales de Estado Mayor, jefes de regimiento, mandos de compañía y la infantería. Entre ellos se incluían veinticuatro soldados de la 308.^a División de Fusileros, una unidad que sufrió importantes pérdidas al noroeste de la ciudad

antes de ser reasignada a Stalingrado para proteger la fábrica de municiones Barricadas. Los historiadores también hablaron con ingenieros a cargo de la planificación y reconstrucción de la fábrica siderúrgica de Octubre Rojo, y con más de veinte soldados de la 38.^a Brigada Motorizada de Fusileros que capturó al general Paulus y al resto del Mando del 6.º Ejército. Vistas en conjunto, todas estas perspectivas individuales entretejen una imagen polifacética de los soldados que participaron en la batalla. Junto con este sorprendente nivel de detalle, las transcripciones revelan esferas de experiencia compartida y esclarecen –con gran credibilidad– cómo funcionaba el Ejército Rojo como fuerza de combate. La sinceridad y la complejidad de las entrevistas de Stalingrado, no obstante, decidieron su destino. Los historiadores no consiguieron obtener la aprobación de los censores del Estado para su publicación durante la guerra, y los documentos que reunieron quedaron más adelante sepultados en los archivos.¹² Aquí se ofrecen en español por primera vez.

Al igual que los periodistas que visitaron Stalingrado a principios de 1943, los historiadores del equipo de Isaak Mints se sintieron atraídos por los defensores de la ciudad. En su testimonio esperaban encontrar respuestas a la pregunta que observadores de todo el mundo se hacían: ¿cómo exactamente había sido capaz el Ejército Rojo de imponerse a un enemigo considerado superior en planificación operativa, disciplina militar y técnicas de combate? ¿De qué recursos se valieron los defensores de Stalingrado para parar los pies a los invencibles alemanes, que hasta ese momento habían tenido a Europa de rodillas? Estas preguntas han tenido ocupados a los investigadores hasta el día de hoy. El tema más controvertido probablemente es el que tiene que ver con la motivación de los soldados del Ejército Rojo en Stalingrado. ¿Actuaban libremente o fueron coaccionados, incluso a punta de pistola, para entrar en batalla? ¿Se apoyaban en valores tradicionales rusos o más bien específicamente soviéticos? ¿Hasta qué punto pesaba en la voluntad de los soldados el amor a la patria, el odio al invasor y la devoción por la figura de Stalin a la hora de luchar y morir? Las entrevistas realizadas durante la guerra en las que se basa este libro proporcionan respuestas interesantes y en ocasiones sorprendentemente nuevas a estas preguntas.

Con este coro de diferentes voces soviéticas de la guerra como protagonista, este libro permite a los lectores imaginar por primera vez a

los soldados del Ejército Rojo y otros defensores de la ciudad como personas que piensan y sienten. Dando presencia a estas voces, el libro representa una gran aportación a la literatura sobre la Segunda Guerra Mundial que, en parte por la falta de acceso a documentos personales, retrata al Ejército Rojo como una maquinaria despersonalizada y a menudo se alimenta de tópicos sobre «el soldado ruso» carentes de una base real. El libro también sirve de contrapeso a los numerosos estudios sobre Stalingrado que en gran medida presentan el choque a través de los ojos de los alemanes que quedaron atrapados en la ciudad. En cambio, las entrevistas de Stalingrado muestran con apasionante detalle cómo y desde qué posición entendieron la batalla los ciudadanos rusos.

El primer capítulo presenta el contexto histórico para que los lectores puedan comprender mejor las transcripciones generadas por la comisión enviada por Mints. Comienza ofreciendo una panorámica de la batalla y el tratamiento que le han dado los historiadores, seguida de una breve historia del Ejército Rojo y la sociedad soviética que culmina con la guerra. A continuación analiza los acontecimientos políticos y militares del Frente de Stalingrado a través de una lente microscópica. El capítulo también presenta la creación de la Comisión Histórica, sus objetivos y sus métodos, y su viaje a Stalingrado. Termina con un comentario sobre las entrevistas incluidas en este libro y la forma de presentarlas.

Estas entrevistas fueron conjuntamente preparadas para su publicación entre el Instituto de Historia Alemán de Moscú y la Academia de Ciencias Rusa. Bajo mi dirección, un reducido equipo de historiadores pasó dos años inventariando miles de páginas de transcripciones de las entrevistas, documentos internos de la comisión y otras fuentes relacionadas con el tema. Por limitaciones de espacio, solo una parte de las entrevistas han podido incluirse en este libro.¹³ Diez de ellas se presentan de forma textual; muchas otras se entretajan formando verdaderos tapices y cuentan la historia de la batalla a través de un coro de voces militares y civiles (capítulos 2 y 3).

Mientras hablaban de cómo habían vivido la batalla de Stalingrado, muchos de los entrevistados compartían sus impresiones y pensamientos sobre el adversario alemán. Los historiadores de la comisión de Mints estaban interesados en esta cuestión, por lo que además reunieron una serie de documentos que sirvieron para arrojar luz sobre cuán-

les eran los horizontes personales de los soldados alemanes en Stalingrado. Estos documentos, entre los que se incluyen las transcripciones de alemanes capturados que fueron interrogados a principios de febrero de 1943 y el diario de un soldado alemán, encontrado en el campo de batalla, constituyen el grueso del capítulo 4.

Por último, el capítulo 5 se centra en las consecuencias de la victoria soviética en Stalingrado y relata el dramático destino de los historiadores y escritores soviéticos que hicieron la crónica de la batalla.

UNA CIUDAD BAJO ASEDIO

La batalla de Stalingrado marcó un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial. Durante seis meses, dos enormes ejércitos, cada uno con la orden de no ceder ni un palmo de terreno al enemigo, lucharon por el control de la ciudad que llevaba el nombre del dictador soviético.¹⁴ La batalla terminó con el acorralamiento y destrucción de un ejército de campaña alemán al completo. Constituyó la peor derrota militar de la historia de Alemania hasta el momento y, tras la inmediata conmoción, los observadores alemanes más lúcidos supieron ver claramente la advertencia.¹⁵ Para la Unión Soviética, Stalingrado representó su mayor victoria hasta la fecha sobre los invasores alemanes. Cambió el rumbo de la guerra a favor del Ejército Rojo; después de Stalingrado, sus divisiones avanzarían con paso seguro hacia el oeste, con la vista puesta en Berlín.

A raíz de que los avances alemanes sobre Leningrado, Moscú y Sebastopol quedaran paralizados en el otoño de 1941 y los soviéticos lanzaran su contraataque de invierno, Hitler empezó a planear una ofensiva de gran alcance para el verano siguiente, con el nombre en clave de Operación Azul. Comenzó el 28 de junio de 1942, con un gran ataque a lo largo del frente ruso-ucraniano dirigido a conseguir el control de los estratégicamente fundamentales recursos naturales de la región –las minas de carbón de la Cuenca del Donets y los yacimientos petrolíferos en torno a Maikop, Grozni y Bakú. Las divisiones pánzer y de infantería motorizada alemanas ganaron terreno rápidamente, pero las tácticas de pinza que empleaban a menudo fracasaban: cada vez que se veían cercadas, las divisiones del Ejército Rojo entraban en rápida retirada. Hitler, dando por hecho que las tropas enemigas ya se

habían dispersado, dividió el Grupo de Ejércitos Sur en dos partes: el Grupo de Ejércitos A, con órdenes de avanzar hacia el Cáucaso, y el Grupo de Ejércitos B, que debía dirigirse al noreste y asegurar los flancos. La punta de lanza del Grupo de Ejércitos B era el 6.º Ejército, comandado por el general Friedrich Paulus. Su misión consistía en tomar la ciudad de Stalingrado, punto clave para la industria y las fábricas de armamento, situado a orillas del río Volga.

En julio de 1942, la gravedad de la situación, como incluso un somero vistazo al mapa deja claro, se había hecho evidente para muchos ciudadanos soviéticos. El escritor Vasili Grossman anotó en su diario: «La guerra en el sur, en la cuenca baja del Volga, se parece a un puñal que va hundiéndose en el cuerpo».¹⁶ El régimen respondió a la crisis con medidas severas. Tras la caída de Rostov del Don en manos alemanas, con escasa resistencia, Stalin emitió la Orden n.º 227, famosa por la línea «¡Ni un paso atrás!».¹⁷ En adelante, cualquiera que retrocediera ante el enemigo sin orden expresa para hacerlo sería declarado traidor a la patria y juzgado por un tribunal militar. Este draconiano edicto fue aplicado en la batalla de Stalingrado. La ciudad se extendía como una franja de cuarenta kilómetros a lo largo de la orilla occidental del Volga. Aquí, «¡Ni un paso atrás!» significaba que el río era el punto de retirada más alejado para los defensores de la ciudad.

Desde el inicio de la batalla, los líderes soviéticos inculcaron en los soldados la importancia simbólica de Stalingrado. Era el lugar en el que Stalin había mantenido a raya a los enemigos del sistema soviético durante la guerra civil rusa. Perder Stalingrado a manos de los alemanes dañaría el mito de la ciudad y a su héroe epónimo, y tenía que evitarse por todos los medios. Por las mismas razones, la ciudad revestía una importancia crucial para Hitler. Contando con el golpe psicológico que una derrota soviética supondría para Stalin, desde un principio la planteó como una batalla entre dos visiones del mundo opuestas. El 20 de agosto de 1942, Joseph Goebbels escribió en su diario que el Führer «ha hecho de la ciudad una prioridad especial. [...] No quedará piedra sobre piedra».¹⁸

En el lado occidental de la curva del Don, a cierta distancia de Stalingrado, las fuerzas alemanas encontraron una fuerte resistencia por parte del 62.º Ejército soviético. A pesar de ello, los alemanes hicieron 57.000 prisioneros, y cruzaron el Don el 21 de agosto. El 23, los primeros pánzer alemanes alcanzaron el Volga, a unos 65 kilómetros

de distancia, e impidieron el acceso a Stalingrado desde el norte. La noticia hizo saltar todas las alarmas en Moscú. Tres días después, Stalin nombró al general Georgi Zhukov vicecomandante supremo del Ejército Rojo y le puso a cargo de la defensa de la ciudad.

Al principio de la guerra, la población de Stalingrado apenas alcanzaba el medio millón de habitantes y la ciudad era considerada un lugar seguro, muy alejado de las líneas del frente; para el verano de 1942 estaba llena de refugiados. Los responsables locales suplicaron a Stalin que permitiera la evacuación de fábricas y civiles, sin éxito. Lazar Brontman, un corresponsal del *Pravda* presente durante estas conversaciones, dejó anotado en su diario «como el jefe [Stalin] declaró con expresión taciturna: “¿Y adónde se les evacuaría? Hay que mantener la ciudad. ¡Punto final!”», gritó, dando un puñetazo sobre la mesa». ¹⁹ Solo después de que los bombarderos alemanes hubieran reducido la ciudad a escombros, Stalin permitió salir a las mujeres y los niños.

Tras dos semanas de bombardeos, las tropas alemanas tomaron por asalto Stalingrado. El 14 de septiembre, un regimiento se abrió camino a través del centro de la ciudad y llegó hasta el Volga. ²⁰ Durante los intensos combates de las semanas siguientes, los alemanes consiguieron hacer retroceder a los soldados del 62.º Ejército hasta el río. Una vez las tropas de asalto abrieron un camino, la autoridad de ocupación alemana estableció sus cuarteles, comenzó a ejecutar a comunistas y judíos y se dispuso a deportar a la población civil. En el otro bando, los defensores soviéticos, atrincherados en la escarpada orilla occidental del Volga, no contaban más que con unas cuantas cabezas de puente. Recibían suministros, soldados y armas por barco, y los puestos de artillería situados en la margen este del Volga les daban cobertura. El 62.º Ejército en Stalingrado formaba parte del Frente Sudeste ²¹ comandado por el general Andréi Yeriomenko, ²² y estaba integrado por los 64.º, 57.º y 51.º Ejércitos, el 8.º Ejército del Aire y los buques y marineros de la Flotilla Militar del Volga, todos ellos estacionados al sur de la ciudad; incluía además al 1.º Ejército de la Guardia y a los 25.º y 66.º Ejércitos, situados al norte y al noroeste. En septiembre, estos últimos trataron repetidamente de abrirse camino a través de la barricada norte de Alemania y unirse a los defensores de la ciudad, pero nunca lo lograron.

El plan soviético para una gran contraofensiva cobró forma a mediados de septiembre, durante la fase crítica de la defensa de Stalingrado.

Zhukov y Alexander Vasilievski, jefe de Estado Mayor de las fuerzas armadas soviéticas, propusieron a Stalin una operación que adoptaría el método de la *Blitzkrieg* alemana –la aplicación combinada de una enorme fuerza, velocidad y sorpresa– para rodear y derrotar al enemigo. Durante los dos meses siguientes, los soviéticos se prepararon para la ofensiva: otra formación (el Frente Sudoeste), al mando del general Nikolái Vatutin, fue trasladada en secreto a una posición en el alto Don; entretanto, los ejércitos localizados en Stalingrado (divididos desde finales de septiembre en dos frentes: el Frente del Don, bajo el mando del teniente general Konstantin Rokossovski,²³ y el Frente de Stalingrado, comandado por Yeriomenko) recibieron refuerzos tanto de soldados como de equipamiento. Estas maniobras no pasaron desapercibidas para los alemanes, pero los funcionarios de inteligencia, creyendo que las reservas de materiales y soldados de la Unión Soviética estaban agotadas, no les concedieron demasiada importancia.²⁴

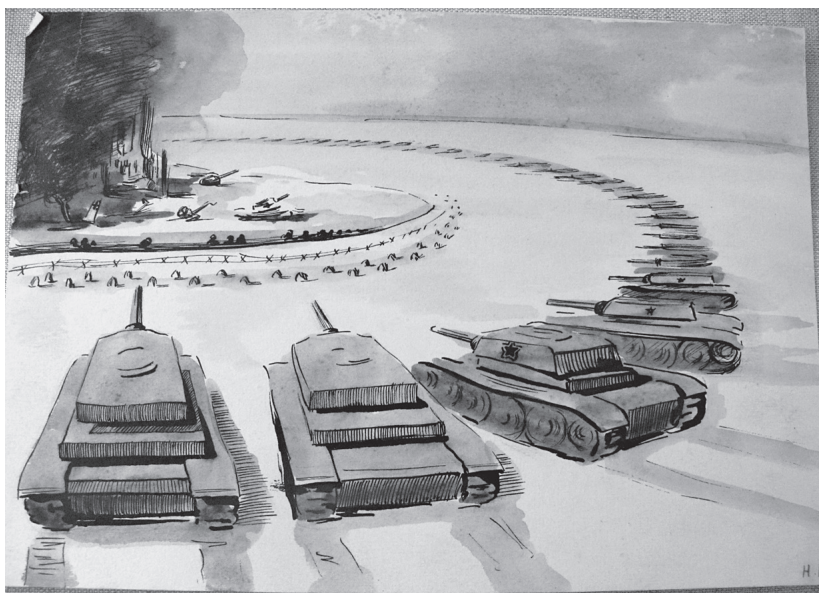
Tras una serie de ofensivas concertadas llevadas a cabo en octubre, el 6.º Ejército de Paulus todavía no tenía el control completo de Stalingrado. Los observadores alemanes se esforzaban por explicar la inesperadamente obstinada resistencia del enemigo. El artículo central de la edición del 29 de octubre de 1942 del periódico oficial de las SS, *Das Schwarze Korps*, comenzaba con una evaluación de la moral soviética: «Los bolcheviques atacan hasta el agotamiento absoluto, y se defienden hasta la exterminación física del último hombre y la última arma. [...] A veces el individuo llega a luchar hasta más allá del límite de lo que se considera humanamente posible». Todo lo que los soldados de la Wehrmacht habían experimentado en sus campañas en Europa y el norte de África era como «un juego de niños comparado con el hecho en sí de la guerra en el Este». El artículo explicaba esta diferencia recurriendo a la biología racial alemana. Los soldados soviéticos procedían de una «raza humana más básica, menos inteligente», incapaz de «reconocer el significado y el valor de la vida». Debido a su supuesta ausencia de cualidades humanas, se pensaba que los soldados del Ejército Rojo luchaban sintiendo una total indiferencia hacia la muerte, ajena a los culturalmente superiores europeos. El artículo concluía describiendo la amenaza que suponía para Europa el «poder de esta raza inferior desatada» y convertía la batalla de Stalingrado en una cuestión que afectaba al destino histórico del mundo. «Depende de nosotros decidir si seguir siendo seres humanos o no.»²⁵

El 19 de noviembre de 1942, el Ejército Rojo inició por fin su contraofensiva, conocida como Operación Urano, con un contingente de más de un millón de soldados. Varias divisiones motorizadas avanzaron a través de los altos del Don, bajo control rumano, 150 kilómetros al oeste de Stalingrado. El 24 de noviembre, la vanguardia de los carros soviéticos unió sus fuerzas a las divisiones de carros de Yeriomenko, que cuatro días antes habían empezado a avanzar hacia el oeste desde el área sur de Stalingrado. Los alemanes y sus aliados estaban rodeados, atrapados en lo que ellos denominaron un *Kessel*, o caldero.

El mando del 6.º Ejército estuvo deliberando acerca de si debía intentar emprender la huida, pero Hitler ordenó mantener la «Fortaleza de Stalingrado» a toda costa. Mandó establecer un puente aéreo para suministrar alimentos y municiones a los soldados atrapados en el *Kessel*. No era la primera vez que Hitler tomaba este camino. En diciembre de 1941, cuando el Ejército Rojo comenzó su contraofensiva a las afueras de Moscú, Hitler, que acababa de nombrarse a sí mismo comandante supremo del Ejército, emitió una orden por la que prohibía la retirada bajo amenaza de un severo castigo. Envolviéndose en la mística del líder militar de convicciones férreas, responsable de infundir ánimos a sus generales cada vez que estos sucumbían a la «neurastenia» y al «pesimismo», Hitler basaba su decisión en evitar el desmoronamiento del Frente del Este pese a los intensos ataques por parte del Ejército Rojo durante las semanas posteriores.²⁶ En enero de 1942, las fuerzas soviéticas consiguieron no obstante acorralar a seis divisiones alemanas –casi 100.000 soldados– más al norte, cerca de Demiansk, junto al lago Ilmen. Hitler respondió enviando aviones de abastecimiento. Esto continuó así durante dos meses hasta que, a finales de marzo, una fuerza de apoyo se abrió paso desde el exterior a través de la bolsa de Demiansk. Este fue el exitoso precedente del que se acordó el general Paulus cuando trataba de tranquilizar a los hombres del 6.º Ejército que habían quedado atrapados en Stalingrado, concluyendo su comunicado del 27 de noviembre con la frase «¡Aguantad! ¡El Führer nos sacará de aquí!».²⁷

Pero la dura climatología y los intensos bombardeos dificultaban el puente aéreo de Stalingrado; los 300.000 soldados acorralados empezaron a sufrir escasez de comida y municiones. El general Erich von Manstein lanzó la Operación Tormenta de Invierno (12-23 de diciembre de 1942) en un esfuerzo por romper el cerco mediante un avance

pánzer desde el sudoeste,²⁸ pero se quedó estancado a mitad de camino debido a la fuerte resistencia soviética. Entretanto, el Ejército Rojo había iniciado una ofensiva más hacia el oeste del Don conocida como Pequeño Saturno. Su objetivo era abrirse paso hacia Rostov, en el sur, impidiendo la llegada de la fuerza de apoyo alemana y dejando aislado a todo el grupo del ejército, así como a los 400.000 soldados estacionados en el Cáucaso. La ofensiva tuvo éxito en parte: aunque obligó a Manstein a abortar la Operación Tormenta de Invierno, este fue capaz de proteger al ejército situado en el Cáucaso de una estrangulación inminente. A finales de noviembre, los líderes soviéticos iniciaron una campaña de propaganda masiva para persuadir a los alemanes y sus aliados de que se rindieran. Los aviones soviéticos lanzaron cientos de miles de octavillas escritas en alemán, rumano e italiano, en las que describían lo desesperado de la situación. Una delegación de exiliados comunistas alemanes en Moscú viajó a Stalingrado y emitió mensajes políticos por megáfono, pero sus esfuerzos por convencer a sus paisanos del otro lado de la línea del frente fueron inútiles. El 6 de enero,



Operación Anillo. Dibujo militar soviético.

dos semanas después de que Manstein abortara su operación de apoyo, el general Rokossovski ofreció a Paulus una rendición en términos dignos. Bajo la intensa presión de Hitler, el comandante del 6.º Ejército ignoró la propuesta.

El último intento de los soviéticos para aplastar a las acorraladas tropas alemanas, denominado Operación Anillo, comenzó el 10 de enero. Desde el oeste, soldados del Frente del Don empezaron a empujar gradualmente al enemigo de nuevo hacia el interior de la ciudad. Al mismo tiempo, el 62.º Ejército intensificó sus ataques desde las orillas del Volga, y el 26 de enero se unió al Frente del Don en Mamáyev Kurgán,²⁹ una elevación de terreno estratégica situada al sur del distrito industrial de la ciudad, que fue durante meses escenario de duros enfrentamientos. Los soviéticos dividieron a los alemanes en dos bolsas, una al norte y otra al sur. El general Paulus, obligado en repetidas ocasiones a rendir sus cuarteles a medida que se acercaba el Ejército Rojo, buscó refugio para él y sus colaboradores el 26 de enero en la 71.ª División de Infantería, la primera unidad en llegar al Volga en Stalingrado; sus jefes tenían entonces su cuartel general situado detrás de unos grandes almacenes de la plaza de los Héroes Caídos. El 30 de enero, día en que se cumplía el décimo aniversario de la llegada al poder de los nazis, Hermann Göring emitió un comunicado por radio que pudieron oír los soldados desplazados en Stalingrado. Göring comparaba a los alemanes de Stalingrado con los héroes de la Canción de los Nibelungos. Como estos, que «lucharon hasta el último hombre» durante una «sin par batalla en un salón envuelto en fuego y llamas», los alemanes lucharían –tendrían que luchar– «porque un pueblo que es capaz de luchar así debe vencer». La noche del 31 de enero, Paulus recibió un telegrama del cuartel general de Hitler que decía que había sido ascendido a mariscal de campo. Todos los implicados entendieron el mensaje: nunca antes un mariscal de campo alemán había sido hecho prisionero; para evitar esta ignominia, Paulus debía suicidarse. Pero, en lugar de ello, decidió desobedecer a su Führer.

En la mañana del 31 de enero, soldados soviéticos del 64.º Ejército rodearon la plaza de los Héroes Caídos. Un oficial alemán salió con una bandera blanca y presentó la rendición. Un grupo de soldados del Ejército Rojo fueron escoltados hasta el sótano de los grandes almacenes, donde se encontraba congregado el personal de Paulus. (El capítulo 2 contiene la narración detallada de este encuentro por parte de un

testigo presencial.) Horas más tarde, los soldados alemanes que se encontraban en la bolsa sur depusieron sus armas. En la bolsa norte, los intensos combates continuaron durante dos días más. Se fueron extinguiendo cuando el Ejército Rojo hizo llover sobre los soldados alemanes fotografías que mostraban la rendición de Paulus.³⁰ Desde que comenzó la contraofensiva soviética hasta que terminó la batalla, 60.000 soldados alemanes murieron y 113.000 supervivientes alemanes y rumanos fueron hechos prisioneros, muchos de ellos heridos o completamente extenuados. En total, la batalla y posterior encarcelamiento costó la vida de 295.000 alemanes [190.000 en el campo de batalla, 105.000 en cautividad). Por el lado soviético, las estimaciones más prudentes sitúan el número de muertos en 479.000, pese a que un investigador ha elevado la cifra de muertes a más de un millón.³¹

Los líderes nazis reaccionaron a la derrota del 6.º Ejército redoblando su propaganda y sus esfuerzos de movilización de masas. El sacrificio en Stalingrado, creían, motivaría a los combatientes alemanes a detener «la marea roja» que en aquel momento avanzaba hacia el oeste. Pasados apenas los tres días del luto oficial decretado en el país, Joseph Goebbels pronunció su discurso de la guerra total, recibido con el enfebrecido aplauso de un público de leales al partido. Con el Ejército Rojo amenazando con entrar en Europa, el espectro de las «hordas bolcheviques» de «Asia», largo tiempo invocado por los propagandistas nazis, se había convertido en una posibilidad real; para la aterrorizada población, la lucha parecía la única salida, y así fue como la guerra se prolongó dos años más, todavía con más intensidad que antes.

El bando soviético también incrementó la presión política. Los generales y oficiales alemanes capturados fueron alojados en un campo especial e instados a renegar públicamente de Hitler. Sus captores soviéticos habían previsto asignarles el papel de líderes de un Estado alemán de posguerra simpatizante con los soviéticos. La mayoría de los demás prisioneros ingresaron en campos de trabajo, donde recibían muy escasa comida y atención médica. En julio de 1943, tres cuartas partes del total de prisioneros alemanes en manos soviéticas habían muerto.

Cuando los soldados del Ejército Rojo recuperaron la ciudad, contabilizaron 7.655 supervivientes civiles.³² Cuando comenzó la limpieza, los soviéticos descubrieron fosas comunes de civiles que los ocupantes alemanes habían fusilado o ahorcado. Varios miles de alemanes

capturados fueron puestos a trabajar en febrero de 1943 en la retirada de cadáveres y la desactivación de bombas y minas. Más tarde ayudaron a reconstruir la ciudad.³³

Llegado el fin de la batalla, la reprimenda que Stalin dio a sus comandantes en julio de 1942 pasó a convertirse en elogio, y concedió además numerosas condecoraciones a los militares por sus logros. Alabó al Ejército Rojo como un «ejército de cuadros» y otorgó a cuatro ejércitos de campaña —el 62.º, el 64.º, el 24.º y el 66.º— el codiciado estatus de Guardias. Stalin también se premió a sí mismo, asumiendo el cargo de Mariscal de la Unión Soviética el 6 de febrero de 1943.

INTERPRETACIONES DE LA BATALLA

Pese a haber sido extensamente investigada y narrada, la batalla de Stalingrado se presenta en la mayoría de las descripciones occidentales como el fin de la Alemania nazi.³⁴ El principio de este relato suele situarse el 19 de noviembre de 1942, el día en que los soviéticos pusieron cerco al 6.º Ejército. Este marco cronológico transforma a los agresores en víctimas desesperadas —presas del frío, el hambre, que luchan por defenderse—³⁵ y omite el ataque alemán sobre Stalingrado y el largo reguero de sangre que fueron dejando los soldados del 6.º Ejército mientras se abrían paso a través de las ciudades ucranianas de Berdichev, Kiev y Járkov.³⁶ Incluso relatos más exhaustivos, que sitúan el comienzo en junio de 1941 e incluyen el testimonio de testigos presenciales soviéticos, siguen un guión alemán, perfectamente ejemplificados por el documental de televisión en tres partes titulado *Stalingrad: The Attack-The Kessel-The Doom* (2003).³⁷ El drama humano de Stalingrado a menudo se reduce a cuatro cifras: los 300.000 soldados alemanes atrapados en el *Kessel*, los 110.000 supervivientes que pasaron a ser cautivos de los soviéticos, los 6.000 que finalmente consiguieron volver a casa, y los doce años que tardaron en llegar a allí. El alcance de las pérdidas soviéticas, en cambio, rara vez se menciona en Occidente. A diferencia del retrato global que se hace de las actividades de la Wehrmacht en el Frente Oriental, que en las últimas dos décadas ha sido objeto de una importante revisión crítica (no exenta de algunas burdas simplificaciones), las visiones de Stalingrado siguen siendo hasta hoy sorprendentemente complacientes y estrechas de miras, al enfa-



Stalingrado, 1943. Fotografía de Natalia Bode.

tizar el sufrimiento de los soldados alemanes sin molestarse más que rara vez en mencionar al adversario.

A lo largo de los años, en Occidente, tanto la opinión pública como la especializada en el tema han presentado una serie de relatos distintos sobre Stalingrado. En la década de 1950 y de 1960, la atención se centró en la figura del combatiente en el campo de batalla, que mantuvo sus valores marciales hasta el último aliento. El ex mariscal de campo Erich von Manstein escribió en 1955 que el recuerdo del «incomparable heroísmo, fidelidad y sentido del deber» de los soldados que «murieron de hambre y frío» en Stalingrado «continuará vivo mucho tiempo después de que los gritos de triunfo de los vencedores se hayan apagado y los afligidos, los desilusionados y los resentidos hayan quedado en silencio». ³⁸ Su recuerdo no duraría ni mucho menos tanto como Manstein predecía. A medida que la sociedad fue experimentando cambios –como los que los movimientos estudiantiles de finales de los sesenta simbolizan muy bien– y que fue emergiendo el área de estudio de la *Alltagsgeschichte* (historia de lo cotidiano), la imagen del valiente soldado fue siendo reemplazada por la del antihéroe. Los soldados de Stalingrado pasaron a ser considerados jóvenes sencillos, desorientados, que a veces apenas sabían expresarse en sus cartas, que habían sido empujados a la guerra y que no parecían compartir en absoluto las grandes ambiciones nazis. ³⁹

En la memoria popular alemana, Stalingrado también reviste connotaciones con la resistencia antinazi desde dentro. A este respecto existen algunas evidencias históricas. En febrero de 1943, Hans y Sophie Scholl, miembros del grupo de resistencia de La Rosa Blanca, distribuyeron copias de lo que sería el último panfleto que el grupo dirigiría a los estudiantes y profesores de la Universidad de Múnich. «La muerte de Stalingrado implora que actuemos», decía, llamando a los alemanes a liberarse de la tiranía del nacionalsocialismo. ⁴⁰ (Este llamamiento cayó en saco roto, como también los manifiestos antifascistas escritos posteriormente por prisioneros alemanes de guerra en la Unión Soviética.) Otra posible fuente de resistencia procedía de los veteranos de Stalingrado que afirmaban haber renunciado a Hitler y al nacionalsocialismo en medio de la batalla. ⁴¹ Pero ¿son creíbles estas aserciones? ¿Tuvo lugar su declaración verdaderamente en el momento que dicen, o fue un punto de vista expresado por primera vez en sus memorias? ⁴² Una cosa es segura: después de Stalingrado, innumerables

alemanes siguieron del lado del régimen nazi en un redoblado esfuerzo por evitar que la marea de la guerra se volviera contra ellos.⁴³

El hecho de poner el foco en el drama alemán vivido en Stalingrado ha dejado al bando soviético sin unos contornos bien definidos. Parte del problema radica en que los alemanes que lucharon en Stalingrado realmente no conocían a su adversario. Para ellos, los soviéticos eran una horda de piel tostada que se lanzaba sobre su enemigo gritando «¡hurra!», dirigidos por unos responsables políticos que blandían pistolas. Estas ideas se transfirieron a los estudios militares de la época de la posguerra. Los malentendidos fueron alimentados por los propagandistas del Tercer Reich, y hombres como Franz Halder, jefe de Estado Mayor de Hitler, más adelante se valdría del anticomunismo de inspiración racial para instruir a los americanos sobre «el soldado ruso».⁴⁴

Por consiguiente, hoy en día seguimos sin tener una idea clara de cómo lucharon los soldados del Ejército Rojo, de los rasgos culturales que les hicieron comportarse de determinada manera durante la guerra, de qué era lo que les motivaba mientras luchaban contra unas fuerzas que creían superiores a las suyas, y lo que Stalingrado significó para ellos. Aunque los historiadores soviéticos citan las acciones de muchos héroes, no arrojan ninguna luz sobre los detalles y el contexto. La única excepción es el veterano de Stalingrado Alexander Samsonov. Su estudio de la estrategia militar empleada en la batalla no solo proporciona estos detalles, sino que constituye la única obra de importancia escrita por un autor soviético que también tiene en cuenta al bando alemán.⁴⁵

Desde la disolución de la Unión Soviética se han abierto muchos archivos, lo que ha servido para expandir extraordinariamente nuestra comprensión de lo que en Rusia se conoce como la Gran Guerra Patriótica y del lugar que dentro de ella ocupó la batalla de Stalingrado. Esto se debe en gran medida a los esfuerzos de archivistas e investigadores rusos, entre ellos los empleados en el Servicio de Seguridad Ruso (FSB), que han entregado gran abundancia de materiales que antes habían estado clasificados. Entre estos se incluyen datos detallados sobre desertiones, arrestos y ejecuciones dentro del Ejército Rojo, así como informes secretos de agentes de la Sección Especial de la NKVD que analizan el ambiente político entre las tropas soviéticas.⁴⁶ Por otra parte se ha publicado un buen número de memorias, cartas y diarios de

la guerra sin censurar, incluidos los reveladores diarios de Vasili Grossman y Konstantin Simonov, dos escritores que trabajaron como corresponsales de guerra en el Frente de Stalingrado.⁴⁷ No obstante, cuando se trata de los pensamientos y actitudes que los ciudadanos soviéticos mantuvieron durante la guerra, el panorama sigue resultando incompleto. El problema radica en parte en las restricciones de la censura soviética, que se aseguró, salvo escasas excepciones, de que las cartas soviéticas de la época de la guerra no mostraran nombres de lugares exactos ni descripciones detalladas de hechos y opiniones. La otra parte del problema, más importante aún, es que dentro de los ingentes archivos del Ministerio de Defensa ruso todavía quedan montones de documentos de la guerra –archivos personales, materiales de vigilancia secreta, protocolos de interrogatorios, cartas confiscadas– a los cuales el acceso sigue estando prohibido.⁴⁸

Los historiadores continúan debatiendo sobre las motivaciones de los soldados soviéticos. ¿Hasta qué punto luchaban por voluntad propia, impulsados por el amor a la patria, la lealtad al sistema soviético o a la persona de Stalin? ¿Fueron coaccionados para alistarse? Antony Beevor así lo sostiene. En su exitoso libro sobre la batalla, critica duramente al sistema soviético por su «inconcebible crueldad».⁴⁹ Beevor describe la lucha en Stalingrado no solo como un choque entre alemanes y rusos, sino también como una batalla que los líderes soviéticos libraron contra su propia población. Desde su perspectiva, hay una cifra que ilustra especialmente bien el carácter inhumano del régimen: la decisión del general Chuikov de ejecutar a alrededor de 13.500 soldados del Ejército Rojo reticentes a luchar en el 62.º Ejército. Beevor menciona estas muertes en su prefacio, y concluye el libro señalando que «los miles de soldados soviéticos ejecutados en Stalingrado al dictado de sus órdenes [las de Chuikov] nunca tuvieron una tumba con su nombre».⁵⁰ Pero no aporta pruebas convincentes. Se limita a citar al historiador militar John Erickson, que menciona «informes» que hablan de 13.500 ejecutados por pelotones de fusilamiento.⁵¹ Los materiales recientemente desclasificados, sin embargo, muestran que en el periodo comprendido entre el 1 de agosto y el 15 de octubre de 1942 –una de las fases más críticas de la batalla para el Ejército Rojo– la policía secreta soviética (NKVD) ejecutó en el Frente de Stalingrado a 278 soldados soviéticos, de los cuales solo una parte pertenecían al 62.º Ejército.⁵²